Agitar el avispero

SANTIAGO ÁLVAREZ CANTALAPIEDRA

La salida de la larga noche neoliberal y la gestación de un nuevo orden social plantea un escenario abierto con numerosos elementos aún en disputa. De igual modo que durante el orden neoliberal persistieron elementos del New Deal que no impidieron su plena hegemonía, todavía permanecen en el orden etnonacionalista que se va imponiendo aspectos culturales e institucionales del viejo proyecto neoliberal. Sin embargo, como ha señalado acertadamente Gary Gerstle, «la mera supervivencia de elementos de un orden no debería confundirse con la supervivencia de dicho orden».[1] El nuevo no es una reedición agravada del neoliberalismo y comporta cambios sustanciales que tienen que ver, sobre todo, con la forma de ejercer el poder y construir las narrativas que lo legitiman.

La nueva derecha (derecha alternativa o extrema derecha) que va liderando este proceso ha sabido detectar bien los cambios e inseguridades del presente. Como señala Owen Jones, «la gran lucha de nuestra época gira en torno al diagnóstico, y la derecha lleva años ganándola».[2] Con un discurso simplificador, pero eficaz, ha logrado que el debate político, y en gran medida la conversación social, gire una y otra vez sobre dos aspectos: la identidad y la seguridad. Lejos de presentarlos independientes, enfatiza sus conexiones.

[1] Gary Gerstle, *Auge y caída del orden neoliberal*, Península, Barcelona, p. 431.
[2] Owen Jones, «The west is in freefall, and the worst part is that we were warned, but chose not to listen», *The Guardian*, 24 de septiembre de 2026.

Introducción

La identidad

Zygmunt Bauman resaltó en su día que la identidad había dejado de ser un destino o una herencia, pasando a convertirse en algo flexible, provisional y continuamente reconstruido.[3] Un fenómeno más de la modernidad líquida que presenta, como todo en ella, un carácter ambivalente: por un lado, aparenta ensanchar la libertad de las personas al permitirlas elegir y vivir menos atadas a tradiciones rígidas; pero por otro, al diluirse los marcos e instituciones estables que nos definían tradicionalmente, la sensación de provisionalidad e inseguridad se vuelve mayor. Si ya no están sólidamente fijadas por la tradición o las instituciones, ahora deben construirse, adaptarse y renegociarse constantemente en un mundo cambiante. Indagando en las raíces y tendencias que conforman la nueva derecha norteamericana, Quinn Slobodin ha señalado que la «idea de construccionismo social y la creencia de que la identidad podía reinventarse como un producto de consumo se volvieron aterradoras para la gente de extrema derecha».[4]

La seguridad

En un contexto de incertidumbre, con crecientes vulnerabilidades asociadas a múltiples precariedades materiales y a los zarpazos cada día más evidentes de la crisis climática, la inseguridad pasa a formar parte del devenir cotidiano. La extrema derecha la convierte en un estado emocional que profundiza la sensación de vivir a la intemperie. Leída siempre en términos individuales, desconectada de sus factores estructurales y sociales, agranda la sensación de provisionalidad que ya arrastraba el sujeto moderno.

A la búsqueda de chivos expiatorios

Si se ocultan las causas estructurales (económicas, políticas o socioecológicas) que hay detrás de la falta de seguridad humana es porque interesa poner el foco en otro sitio. La migración ocupa ese lugar, presentándose como un factor de desestabilización que amenaza de múltiples maneras. El discurso nacional-nativista

[3] Zygmunt Bauman, *Identidad*, Losada, Madrid, 2005.
[4] Nick Serpe, «Un neoliberalismo de suelo y sangre. Entrevista a Quinn Slobodian», *Nueva Sociedad* núm. 318, julio-agosto de 2025; pp. 48-56.

de la extrema derecha sabe aprovecharse de esas circunstancias en cuanto que se construye sobre el doble marco de la seguridad y la identidad amenazadas.

No solo apela a las supuestas esencias de una nación, algo que ha hecho siempre, sino también a la voluntad de establecer una nueva jerarquía sobre las diferencias entre los seres humanos. Asume una jerarquía identificable de personas con el objetivo de diseñar un nuevo marco normativo sobre quién debería quedar dentro y quién fuera. El eje inclusión/ exclusión opera a partir de este marco clasificador.

A principios del mes de julio de 2025 la diputada en el Congreso Rocío de Meer utilizó el eufemismo «remigración» para defender la deportación masiva de ocho millones de residentes de origen extranjero. Se podía intuir, como señalaba el investigador del CSIC Alfredo Gonzalez Ruibal que no se estaba pensando en los jubilados del norte de Europa que han elegido nuestro país para disfrutar del sol en su descansada senectud, sino –aunque no lo dijera literalmente con estas palabras– a esa «horda no asimilable de moros y negros que no pueden adaptarse a nuestros usos y costumbres». Una incapacidad que se presume consustancial a su condición. Y en cuanto a «nuestros usos y costumbres», se preguntaba a continuación Gonzalez Rubial, ¿quién los define?, «¿ser ateo, lesbiana o antitaurina es parte de “nuestros usos y costumbres”?».[5]

Invasiones bárbaras

Un año después, también en el mes de julio, acontece la crisis migratoria en Ceuta. La manera en que ha sido interpretada mayoritariamente revela hasta qué punto se encuentra asentado el marco creado por la derecha, obscureciendo las características del orden en que estamos y la forma en que se ejerce el poder en él. Fue la Fundación porCausa la que ofreció las claves certeras para comprender que lo sucedido era la consecuencia del poder concedido a determinados países (Marruecos en este caso) a través de las políticas de externalización de las fronteras:

> El episodio vuelve a mostrar los riesgos de haber convertido a Marruecos en guardián adelantado de la frontera española y europea. Esta historia de chantaje migratorio no

[5] Alfredo Gonzalez Rubial, «La supervivencia del pueblo español», *Público* 10 de julio de 2025. [https://www.publico.es/opinion/columnas/supervivencia-pueblo-espanol.html]

> es nueva. España y la UE llevan años financiando, equipando y formando a fuerzas de seguridad de países africanos para impedir que quienes migran lleguen al territorio europeo. Llevamos años documentando la entrega de cientos de vehículos, drones, embarcaciones y otro material a Marruecos, Mauritania, Senegal, Mali y otros países. El coste humano de la externalización de fronteras es inmensurable. Hemos documentado detenciones, expulsiones y abandonos de migrantes en zonas desérticas de Marruecos y otros países financiados por Europa.[6]

Las personas migrantes, convertidas en meros instrumentos de presión en un contexto geopolítico en el que se abandona y desprecia la cooperación multilateral, son además culpabilizadas mediante narrativas deshumanizantes que las presentan como invasoras, haciéndonos olvidar que son ellas las principales víctimas. Narrativas que nutren de combustible la contienda política interna con la inestimable ayuda exterior de gobiernos que buscan desestabilizar aquellos otros que no se postran a sus designios.

Pedagogía de la deshumanización

Las narrativas, encargadas de agitar los fantasmas que incitan al odio y a la violencia sobre los chivos expiatorios en un perverso ritual de supuesto alivio ante la infinidad de malestares, han sido cuidadosa y deliberadamente trabajadas con el propósito de producir un consentimiento social ante la barbarie. Para ello hay que cambiar el lenguaje y los marcos de interpretación. Su función –en palabras de Enrique Díez– «consiste en erosionar progresivamente la empatía colectiva hacia determinados grupos humanos, presentándolos como una amenaza, carga, peligro o existencia inferior (…) Esta pedagogía de la deshumanización se convierte en un componente estructural de la necropolítica contemporánea».[7]

En esos discursos el fenómeno migratorio queda retorcido hasta lo indecible. El problema ya no es la migración en sí, sino los significados que se le atribuyen. Se habla de invasores, exacerbando mecanismos de defensa frente al miedo a la otredad e intolerancia frente a la alteridad. Y siendo, como es, un fenómeno necesitado de estudio y comprensión profunda por su complejidad e implicaciones,

---

[6] José Bautista García, «Qué ha pasado en Ceuta en 500 palabras», *Pública porCausa*, 31 de agosto de 2026. https://publica.porcausa.org/por-que-sucedio-la-crisis-de-ceuta/.

[7] Enrique Javier Díez Gutierrez, «Pedagogía de la deshumanización y el genocidio», *El Viejo Topo*, 464, septiembre de 2026, p. 25.

vemos cómo los mitos desplazan al conocimiento y envenenan con la mentira el debate público.[8]

En un horizonte de elecciones

Se han convocado elecciones generales para el domingo 29 de noviembre en el Reino de España. Vendrán seguidas de las municipales la próxima primavera. La crisis de Ceuta y el problema de la vivienda se anticipan como ejes discursivos de las campañas. Lo vivido en Ceuta previsiblemente servirá para relacionar las migraciones con la identidad y la seguridad nacional presuntamente amenazadas; el problema de la vivienda permitirá situar el foco de la atención en la contradicción entre la garantía de los derechos fundamentales y el frío cálculo mercantil dominado por la lógica del capital. También se ha visto en otras partes de Europa, muy particularmente en las elecciones recientemente celebradas en la ciudad-estado de Berlín.

En nuestro país nadie parece albergar demasiadas esperanzas de que se vaya a debatir con argumentos y con datos que se ajusten a la realidad. Y, sin embargo, es mucho lo que nos jugamos. Está, desde luego, la importante tarea de contener las narrativas tóxicas de xenofobia y racismo que inundan el espacio público, pero también la de preservar los fundamentos del Estado social y democrático de Derecho que consagra la Constitución del 78 en su artículo primero. El orden social nacionalnativista, al sustituir el criterio de necesidad y vulnerabilidad como eje de la asistencia y la protección social por el de la pertenencia identitaria, es claramente incompatible con la Constitución española y el derecho de la Unión Europea.

El problema es que esos marcos normativos han sido deteriorados, en vez de fortalecidos, incluso por gobiernos que dicen querer plantar cara a la nueva derecha.

[8] Resultan muy recomendables, para no dejarse arrastrar por afirmaciones sin fundamento sobre el fenómeno migratorio, las lecturas del libro de Hein de Haas *Los mitos de la inmigración* (Península, 2024) y del capítulo titulado «De la boca del tiburón» del libro *Buena economía para tiempos difíciles* (Taurus, 2020) de los Nobel de Economía Abhijit V. Banerjee y Esther Duflo. Reúnen los resultados de innumerables investigaciones sobre las migraciones que explican los mecanismos con que operan y sus implicaciones. También los datos disponibles para nuestro país desmienten los mitos sobre los que se construyen los discursos xenófobos, especialmente ante el supuesto acaparamiento extranjero de las ayudas públicas o el incremento de los delitos y de la inseguridad ciudadana por una mayor presencia de población inmigrante (en 1990, cuando apenas el 2% de la población española era inmigrante, España tenía una tasa de criminalidad de apenas 40 infracciones por cada mil habitantes; en 2025, con cerca del 20% de población extranjera, casi diez veces más, la criminalidad es prácticamente la misma).

La entrada en vigor del Pacto Europeo de Migración y Asilo y del reglamento de retornos no solo confirma el endurecimiento de la política migratoria de la UE, sino que supone un giro sustancial en el aprecio por los derechos humanos y la diferenciación entre personas. Conocíamos desde hace tiempo el doble rasero de la UE en materia migratoria a través de sus pactos con regímenes represivos en la externalización de sus fronteras, pero ahora Europa parece tentada a ejercer directamente el poder de la forma más despiadada diferenciando entre un «nosotros» y un «ellos», fabricando así categorías de personas. Lo ha señalado con palabras precisas Máriam Martínez-Bascuñán al referirse a los cánticos y aplausos que se escucharon en el Parlamento Europeo al aprobarse la creación de centros de deportación (llamados, eufemísticamente, *hubs* de retorno) en terceros países, las deportaciones aceleradas, los registros domiciliarios asimilables a los métodos del ICE estadounidense o, bajo determinados supuestos, las detenciones ampliadas hasta dos años:

> Bajo el ruido del cántico hay algo que casi nadie nombró. La ley no solo expulsa: fabrica una categoría de personas. Quien acaba en un centro de retorno, detenido durante meses, sin vínculo con el lugar y sin comunidad que lo reclame, no ha perdido un derecho concreto, sino el suelo desde el cual los derechos son posibles. Es una de las lecciones del siglo XX: la catástrofe del desposeído no es ser tratado injustamente, sino dejar de pertenecer a una comunidad obligada a protegerlo porque es superfluo. Nuestra historia nos enseña con cuánta facilidad se pasa de negarle a alguien todos sus derechos a arrebatarle la existencia.[9]

El mundo está cambiando aceleradamente bajo nuestros pies y hay quienes, en vez de aspirar a convertirlo en un lugar mejor, parecen no tener más empeño que agitar el avispero.

Santiago Álvarez Cantalapiedra

[9] Máriam Martínez-Bascuñán, «La vergüenza de Europa», *EL PAÍS*, 21 de junio de 2026.